

¿Qué universidad queremos?

La gran universidad norteamericana

Michael Burawoy

Universidad de California, Berkeley

Nº 3

Julio - diciembre 2013

ISSN: 2322-9764



Universidad
del Valle

50 AÑOS



1963 - 2013

DEPARTAMENTO DE
FILOSOFÍA

¿QUÉ UNIVERSIDAD QUEREMOS? NO. 3
Perspectivas internacionales

**LA GRAN UNIVERSIDAD
NORTEAMERICANA**

Michael Burawoy
Universidad de California, Berkeley

Traducción de María Victoria Valencia
Licenciada en Lenguas Extranjeras
Universidad del Valle



Título: *La gran universidad norteamericana* de Michael Burawoy
Universidad de California, Berkeley
Este artículo apareció originalmente en la revista
Contemporary Sociology: A Journal of Reviews,
March 2012; vol. 41, 2: pp. 139-149,
bajo el título *The Great American University*

Publicación trimestral
del Departamento de Filosofía
de la Universidad del Valle

ISSN 2322-9764

Comité Editorial
William Álvarez
Omar Díaz S.
Luis Humberto Hernández M.

Editor
William Álvarez

Director
Luis Humberto Hernández M.

Diagramación
Luis Humberto Hernández M.

Impresión
Unidad de Artes Gráficas
Facultad de Humanidades

Santiago de Cali, julio del año 2013

Este folleto o parte de él no puede ser reproducido por ningún
medio, sin autorización de los editores.

PRESENTACIÓN

¿Qué universidad queremos? es una publicación periódica del Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle que se propone divulgar la producción intelectual orientada a la reflexión crítica sobre la universidad colombiana y, particularmente, de nuestra *alma mater*. Nació en el año 2011, en el contexto de la indignación nacional de los estudiantes, profesores, trabajadores y la ciudadanía en general contra la Reforma a la Ley 30 de la educación superior. ¿Qué universidad queremos? se afirma en la convicción de que la autonomía es un principio fundamental de la universidad y que, una de las tareas más importantes de la universidad pública consiste en pensarse a sí misma, impulsar y garantizar la plena libertad como condición necesaria para el debate y la construcción colectiva del *ethos* universitario, propendiendo por un pensamiento crítico sobre la universidad que, analizando el *ser* universitario con sus fortalezas y debilidades, se oriente a pensar y construir su *deber ser*, indagando las condiciones y posibilidades de la universidad en su compromiso con los grandes problemas nacionales y en el fortalecimiento de la participación ciudadana y la democracia. ¿Qué universidad queremos? está abierta a todos los sectores y estamentos que deseen expresar sus ideas y puntos de vista sobre los fundamentos y el quehacer cotidiano de la universidad, atreviéndose a presentar propuestas alternativas que puedan hacer realidad la universidad que queremos.

INTRODUCCIÓN

Como se señala en la presentación, *¿Qué universidad queremos?* se propone divulgar la producción intelectual orientada a la reflexión crítica sobre la universidad colombiana y, particularmente, acerca de nuestra *alma mater*. Sin embargo, en esta ocasión hemos dirigido la mirada a un contexto diferente pero no ajeno al nuestro, a través de la traducción del artículo del profesor Michael Burawoy de la Universidad de California, Berkeley, “La gran universidad norteamericana”, título que hace referencia al libro del sociólogo norteamericano Jonathan R. Cole, *The Great American University: Its Rise to Preeminence, Its Indispensable National Role. Why It Must be Protected*. Y el tema no es extraño a nuestro entorno porque, como lo señala el profesor Burawoy, la universidad norteamericana de investigación se ha convertido, a nivel mundial, en el modelo de universidad, con los aciertos para el país en el que se forjó, pero también con todas las implicaciones negativas que ha generado su implementación y el intento por imponerlo en otros contextos, como se muestra en el artículo de este académico norteamericano.

La hegemonía del modelo de la universidad norteamericana de investigación implica cuestiones tan preocupantes como la tendencia a desvalorizar los problemas nacionales y locales urgentes, pues tras la exigencia de competir a nivel internacional los problemas de investigación estarán más orientados a los intereses de los países del Norte; lo que resulta particularmente acuciante en el campo de las ciencias sociales y las humanidades, pues estas disciplinas, en muchas

ocasiones, tratan problemas que están relacionados con contextos muy específicos. Pero esta situación también tiene su expresión en el ámbito de las publicaciones, como señala el profesor Burawoy: “[...] Sari Hanafi (2011) describe el dilema del Sur Global como “publicar a nivel mundial y perecer a nivel local” frente a “publicar a nivel local y perecer a nivel mundial”” (Pág. 29, de la presente traducción).¹

Y es que leyendo el trabajo del profesor Borawoy es inevitable recordar algunos de los temas que se discutieron a propósito de la Reforma de la Ley 30, propuesta por el gobierno del Presidente Santos, en el año 2011, y que pueden relacionarse, considerando las diferencias de contexto, con lo que se denomina en el artículo los tres tipos de crisis que enfrenta la universidad norteamericana: crisis *presupuestaria*, crisis *regulatoria* y crisis de *legitimación*.

La crisis *presupuestaria* hace referencia al reemplazo de la financiación estatal por financiación privada, que para el caso de los Estados Unidos ya constituye una política en funcionamiento, una de cuyas consecuencias es la polarización entre universidades de élite, que a través de la financiación con recursos privados logran altos niveles de investigación, y universidades que por estar desfinanciadas “[...] experimentan situaciones como la disminución de los salarios, las cargas laborales en aumento, la informalización del empleo, el deterioro de la calidad a través de la enseñanza en línea, al igual que el aumento de las matrículas estudiantiles” (pág. 23, de la presente traducción).

Como consecuencia de la desfinanciación por parte del Estado y el ingreso de dineros privados, en la universidad

¹ Al respecto, ver el No. 2 *¿Qué universidad queremos?* “La reforma al Decreto 1279 por la puerta de atrás”, del profesor Mario Alejandro Pérez Rincón de la Universidad del Valle, pág. 27.

pública se genera lo que Burawoy denomina la *mercantilización del conocimiento*. Esto significa que el conocimiento se vuelve una propiedad exclusiva de las empresas o de las universidades, impidiendo el libre acceso de este a la sociedad y amenazando seriamente, entre otras cosas, la libertad de investigación.

La crisis de *regulación* se refiere a algo que nos suena muy familiar en nuestro medio universitario, y que trata de la existencia de una relación inversamente proporcional entre la disminución de fondos públicos para financiar a la universidad y la vigilancia que ejerce el Estado sobre las universidades públicas. A menor financiación, mayor vigilancia e interferencia del gobierno sobre las universidades. Y en nuestro caso, con la pretendida idea de que solo ejerciendo mayor vigilancia se garantiza la calidad. Junto a lo anterior, “[...] las universidades se registran en organizaciones nacionales e internacionales que las verifican de acuerdo a su desempeño, productividad y reputación. [...]” (pág. 13, de la presente traducción). En este sentido, vale citar como ejemplo, para el caso colombiano, la adopción de los índices SCOPUS para la clasificación de revistas, promovido por COLCIENCIAS. Como señala el profesor Burawoy: “[...] Pocos países tienen los recursos del Estado brasileño y la confianza en sus propios científicos y académicos para describir sus revistas como de clase mundial y evaluar a los académicos en términos de su clasificación en esas revistas, así aparezcan o no en los índices internacionales de citación.” (pág. 29, de la presente traducción).

La crisis de *legitimación*, que para el profesor Burawoy, es la más importante ya que está en la base de las dos crisis señaladas con anterioridad, trata del papel que debe jugar la universidad de cara a la sociedad y de su valor como institución pública. “[...] Hasta el momento la universidad había sido inmune a los problemas de legitimación, hoy en día, junto con

otras instituciones públicas, se desafía su integridad y se ataca su despilfarro. [...]” (pág. 13, de la presente traducción).

El profesor Burawoy llama la atención sobre un aspecto ausente en la defensa de la universidad de investigación que hace el sociólogo Jonhatan R. Cole, en el libro ya mencionado. Se trata, nada menos, del tema de la enseñanza, una de las funciones más importantes de la universidad. Y propone una tarea fundamental: “[...] Debemos repensar el significado de la enseñanza –pensar en los estudiantes como un público que nos educa al igual que nosotros los educamos a ellos. [...] Significa construir una relación dialógica no solo entre estudiantes y profesores, sino entre los estudiantes mismos en un proceso de educación mutua. [...]” (pág. 35, de la presente traducción). Para nosotros la constatación de que los “estudiantes nos educan”, al menos en relación con la defensa de la universidad pública, la encontramos en las jornadas de protesta contra la reforma a la Ley 30.

El profesor Buroway hace una afirmación en su artículo muy pertinente para entender cierta indiferencia que parece haberse instaurado en parte del cuerpo profesoral frente a los problemas que están aquejando a la universidad pública colombiana: “[...] Debido a que estamos profundamente sumergidos en nuestras disciplinas, albergamos muchas ilusiones y una comprensión parcial del propio lugar en el que habitamos. [...]” (pág. 36, de la presente traducción). Como dice un colega, “vemos los árboles, pero no el bosque”. Sin embargo, el profesor Burawoy insinúa una salida: “[...] Escuchar a los críticos de la universidad, tanto externos como internos, debería ser nuestra primera tarea en la construcción de un diálogo significativo con el público en general” (pág. 36, de la presente traducción).

Además de las ideas señaladas, el artículo del profesor Burawoy se refiere a temas vitales para un análisis de la

universidad que no solo es aplicable al contexto norteamericano. Algunos de estos temas son: el impacto sobre las universidades de las políticas neo-liberales que comenzaron en la década de 1970, y que han sido impulsadas por el fundamentalismo de mercado, que ha tenido pocas voces en contra. Estas políticas han generado, entre otras cosas, que se recompense a los profesores y a las carreras de acuerdo a su valor en el mercado; la discusión alrededor de la conveniencia de seguir analizando el ethos científico en términos de la clásica propuesta del sociólogo de la ciencia Robert Merton; la poca importancia que se otorga a las humanidades y a las ciencias sociales a la hora de hacer un inventario de los logros en investigación en las universidades; el alto índice de deserción de los estudiantes universitarios y la gran deuda acumulada a lo largo de sus carreras; las implicaciones éticas, sociales y políticas, no siempre positivas, de los descubrimientos que se producen en las universidades; el enorme flujo de estudiantes e investigadores extranjeros que se quedan en los Estados Unidos, atraídos por los enormes recursos que manejan las universidades de élite.

Finalmente, agradecemos a la American Sociological Association y al profesor Michael Burawoy el habernos permitido la traducción de este artículo. También un reconocimiento al profesor Carlos Alberto Mejía S., del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle, por facilitarnos el contacto con el autor del artículo que presentamos en este número, y colaborarnos en la corrección de la traducción

Luis Humberto Hernández M.
Profesor
Departamento de Filosofía
Universidad del Valle

LA GRAN UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA*

*Michael Burawoy***

“¡Salven a nuestra universidad!” Entonaban los estudiantes (y algunos profesores) de la Universidad de California, Berkeley, mientras protestaban valientemente por el aumento de la matrícula estudiantil y la corporativización de la universidad. Sus cantos plantearon la pregunta: ¿quién controla la universidad y con qué finalidad? ¿Los regentes de la Universidad de California? ¿La comunidad empresarial? ¿La legislatura de Sacramento? ¿El creciente sistema administrativo ahora en proceso de reestructuración mediante la “operación excelencia”? ¿O los profesores y estudiantes —los verdaderos educadores y educados? ¿De quién es esta universidad, después de todo?

Estas preguntas retóricas evocan el Movimiento Libertad de Expresión y las protestas de los años 60 que le siguieron, las cuales también condenaron la universidad, su burocratización, masificación y vínculos con el capital corporativo. En aquellos días, Clark Kerr, rector de la Universidad, fue denigrado como el diablo, arquitecto de la universidad de masas, que bautizó la “multiversidad”. Hoy en día es redentor y radical. Entonar

* El título de este artículo hace referencia a la obra de Jonathan R. Cole, cuyo título original es: *The Great American University: Its Rise to Preeminence, Its indispensable National Role, Why It Must be Protected*, Nueva York, NY: Public Affairs, 2010. 616 pp. El artículo se publica con autorización expresa del autor.

** Profesor de la Universidad de California, Berkeley.
burawoy@berkeley.edu

“¡salven a nuestra universidad!” es promover su visión de acceso y excelencia para la educación superior de California —una visión consagrada en el Plan Maestro de California de 1960, ahora hecho pedazos, una utopía de otra época.

¿Qué ha pasado en los últimos 50 años para convertir a un demonio en redentor, a un liberal en radical, para hacer la política de Estado tan impensable ahora como incuestionable en ese entonces? La respuesta simple es que la universidad, a nivel mundial, ha entrado en una triple crisis. Primero que todo, hay una *crisis presupuestaria*, ocasionada por el retiro de la financiación pública, que motiva a las universidades a buscar contribuyentes, construir relaciones colaborativas con la industria, sacar provecho de los descubrimientos por medio de las patentes, incrementar la enseñanza a medio tiempo, debilitar la educación mediante el aprendizaje a distancia, recortar y subcontratar personal no académico, y por supuesto, principalmente, aumentar la matrícula estudiantil y, en la medida de lo posible atraer estudiantes de alto poder adquisitivo. Los recursos de cada universidad determinan la combinación de estrategias que se pueden implementar. El resultado es, indudablemente, que la universidad —pública y privada— parezca más una corporación con fines lucrativos, con cargos gerenciales en aumento y salarios acordes. Estos cambios empezaron con el gran giro al fundamentalismo de mercado, mucho antes de que la crisis económica enviara ondas de choque a través de la educación superior y mucho más allá.

La crisis presupuestaria provoca la vigilancia por parte del Estado a la forma cómo las universidades utilizan los fondos públicos. Los gobiernos sospechan cada vez más de las prácticas administrativas negligentes de las universidades. Por lo tanto, irónicamente, la disminución de fondos públicos coincide con una mayor, en lugar de menor, vigilancia e

interferencia del Estado. De esto resulta una *crisis regulatoria*, agravada por la propia búsqueda de prestigio de las universidades tanto para atraer estudiantes de alto poder adquisitivo como para conseguir recursos externos. Con este propósito, las universidades se registran en organizaciones nacionales e internacionales que las clasifican de acuerdo a su desempeño, productividad y reputación. No hay opción de retirarse, con el resultado que una cultura de la auditoría acarrea para la universidad, al distorsionar la manera cómo lleva a cabo la enseñanza e investigación, al reducir los horizontes temporales, y al degradar la empresa académica, excepto en los niveles de clase más alta.

Hay una tercera crisis —*la crisis de legitimación*— que es la base de la crisis presupuestaria y regulatoria, a saber la creciente falta de confianza pública y comprensión de la universidad y los recursos enormes que esta absorbe. Debido a que las universidades públicas aumentan dramáticamente la matrícula estudiantil y persiguen financiación privada, los ciudadanos se preguntan por qué deberían pagar impuestos para financiar la educación superior. Se produce un círculo vicioso ya que la disminución del desembolso por parte del Estado intensifica la búsqueda de capital privado, lo cual justifica el posterior retiro del Estado, y así sucesivamente. El contrato social original —impuestos para una educación gratuita— se hace trizas. Hasta el momento la universidad había sido inmune a los problemas de legitimación, hoy en día, junto con otras instituciones públicas, se desafía su integridad y se ataca su despilfarro. ¿Cómo han respondido los académicos?

El ascenso a la supremacía.

Una historia Whig

Existe una profunda reflexión alrededor de esto. Ha surgido una verdadera industria artesanal de libros, muchos de ellos reseñados en *Contemporary Sociology*, que analizan y lamentan el declive de la universidad, no sólo en Estados Unidos sino alrededor del mundo. Estos trabajos documentan el desvanecimiento de la Edad de Oro cuando las universidades eran el orgullo de la nación —un rasgo esencial e indiscutido del panorama nacional. Mientras que unos se lamentan, otros ven la crisis como una oportunidad para explotar el mercado y desarrollar la universidad empresarial. Dentro de este grupo se encuentra Jonathan Cole, quien ignora la literatura crítica para proclamar la supremacía de la universidad norteamericana. Con el título *The Great American University*, Cole parece que elogia la “universidad norteamericana” en general, aunque se preocupa únicamente por las 100 mejores universidades de investigación de Estados Unidos, y en la mayor parte sólo por las 10 mejores. ¿Cómo justifica la concentración de recursos en la cima del vasto complejo de la educación superior? ¿Cómo defiende su carácter indispensable y su necesaria protección?

Para establecer las 100 mejores universidades de investigación, Cole recurre a la clasificación de la Universidad de Shanghai Jiao Tong (SJT), que se creó para evaluar el progreso de las universidades chinas en relación con las mejores del mundo y, actualmente, se usa a nivel global en la competencia por el estatus de “clase mundial”. La clasificación se construye a partir de cuatro factores con diferentes valores:

—La calidad de la educación, que se mide por el número de egresados que han ganado Premios Nobel o Medallas Fields (10%).

—La calidad del profesorado, que se mide tanto por el número de profesores que han ganado Premios Nobel y Medallas Fields, como por el número de investigadores más citados en 21 campos (40%).

—Los resultados de investigaciones, que se miden por el número de artículos publicados en *Nature* and *Science* y el número de citaciones en *Science Citation Index Expanded* y en *Social Sciences Citation Index* (40%).

—El desempeño académico, que se mide por los anteriores índices ajustados de acuerdo al número de profesores en la institución (10%).

Estados Unidos domina las clasificaciones con 17 de las mejores 20, 40 de las mejores 50, 54 de las mejores 100, y 84 de las mejores 200. A diferencia de las clasificaciones del QS y *Times Higher Education*, SJT se inclina hacia las ciencias naturales y la investigación, lo cual se ajusta perfectamente al propósito de Cole ya que para él la “grandeza” de la universidad norteamericana no es la enseñanza sino la investigación.

La primera parte de *The Great American University* presenta una breve historia, valiéndose de las tradiciones europeas y en especial de las grandes universidades alemanas del siglo XIX y principios del siglo XX. La universidad norteamericana de investigación se desarrolló a lo largo de la primera mitad del siglo XX y obtuvo su merecido éxito en el periodo de la posguerra con la expansión exponencial del sistema de educación superior, principalmente su sistema de investigación, en gran medida con financiación federal. La superioridad de la universidad norteamericana se mide por innumerables descubrimientos e invenciones en todas las disciplinas que han transformado la vida diaria. Los valores en los que se fundamenta la gran universidad son múltiples, y

aquí Cole extiende a 12 los cuatro que había planteado Robert Merton (1973 [1942]) en su definición del *ethos* científico: universalismo, escepticismo organizado, creación de nuevo conocimiento, comunicación libre y abierta de ideas, imparcialidad, libre indagación y libertad académica, comunidades internacionales, revisión por pares, trabajo por el bien común, gobernanza por autoridad, descendencia intelectual, y vitalidad de la comunidad. Estos valores son representados por unos grandes líderes de la universidad norteamericana de investigación como Robert Hutchins de Chicago y James Conant de Harvard y, en el periodo de la posguerra, por Frederick Emmons Terman, quien convirtió Stanford en una excelente universidad de investigación, y Clark Kerr cuya visión de California combinaba acceso y excelencia, haciendo de la universidad de California una líder mundial en investigación.

Como antiguo rector de la Universidad de Columbia (1989-2003) y sociólogo de la ciencia, Cole es idóneo para evaluar la investigación que se lleva a cabo en grandes universidades, y es justamente lo que hace en la segunda parte de su libro. Contactó a los rectores de las universidades de investigación que hacían parte de las 50 mejores y les solicitó la lista de los descubrimientos hechos dentro de las cuatro décadas anteriores. En el primer capítulo de la segunda parte, el autor abarca las ciencias médicas y biológicas más importantes relacionadas con la salud, alimentación y genética. En el segundo capítulo, aborda las ciencias físicas y la ingeniería: los avances en física y astronomía que dieron lugar a los rayos láser, radares, transistores, tecnología IRM; los desarrollos en las ciencias de la tierra que permitieron avanzar en la comprensión de los terremotos, volcanes, huracanes, el calentamiento global, y la disminución de la capa de ozono; y

luego, por supuesto, el nacimiento y desarrollo de la informática, el surgimiento de la Internet, la nanotecnología, la inteligencia artificial, GPS (sistema de posicionamiento global), y la vigilancia. En el tercer capítulo el autor aborda las humanidades y las ciencias sociales, aunque aquí debe depender de su propio juicio ya que los rectores de las mejores universidades no le prestaban mucha atención a dichas áreas. Propone cinco áreas de avance, a saber: la toma de decisiones y razonamiento; valores y opiniones; cultura, economía y sociedad; nosotros y nuestras sensibilidades; y la reflexión sobre el pensamiento (filosofía y teoría literaria). Si el lector desea una lista más larga de descubrimientos y contribuciones, puede encontrarla en <http://university-discoveries.com>.

La historia Whig percibe la universidad contemporánea como el ineludible producto y productora, creadora y garante, del progreso de EE.UU:

“En el futuro, prácticamente toda nueva industria dependerá de la investigación llevada a cabo en las universidades norteamericanas. La educación superior estadounidense representa uno de los pocos sectores de la economía de EE.UU con un balance internacional de comercio favorable. Estas universidades han evolucionado a máquinas creativas como ninguna otra lo ha hecho en la historia —puesto que producen información y descubrimientos sin parar en una sociedad cada vez más dependiente del conocimiento como fuente de su crecimiento. Por lo tanto, una amenaza a la universidad norteamericana de investigación es una amenaza a la salud y bienestar de nuestra nación” (Cole, 2010: 4).

Sin lugar a dudas, ha habido unos pocos momentos difíciles, pero estos son meras arrugas en la superficie, ligeros percances en una trayectoria de resto tranquila que asumió proporciones de despegue después de la Segunda Guerra Mundial. Amenazar la universidad de investigación es interferir con la grandeza norteamericana. Sin embargo, esta no es la opinión de todo el mundo, de lo contrario la universidad no estaría en crisis, y Cole no tendría que haber presentado un reporte tan exhaustivo de las contribuciones de la universidad a la sociedad.

Descubrimientos que transforman nuestras vidas. ¿Vale la pena la universidad?

Cole nos ofrece una impresionante variedad de descubrimientos. Pero, ¿a qué costo? Como lo muestra en el capítulo seis, desde la Segunda Guerra Mundial ha habido un incremento exponencial en el número de científicos en el planeta (90 por ciento de todos los científicos de la historia están vivos aún), el número de trabajos publicados se duplica cada década, y señala que existe una concentración cada vez mayor de productividad en unos pocos individuos en las mejores universidades. Los presupuestos de las universidades se han incrementado en proporciones astronómicas. El presupuesto de funcionamiento de la Universidad de Columbia pasó de US\$11 millones en 1944-45 a unos US\$2.8 billones en el 2007, un incremento de más del doble por década.¹ El presupuesto de la Fundación Nacional para la Ciencia (en inglés *National Science Foundation*) incrementó de manera

¹ Suponiendo que todas estas cifras están en tasa de cambio real en lugar de dólares constantes, aun así representan incrementos exponenciales.

N.T. En los Estados Unidos un billón de dólares equivale a mil millones de dólares.

equivalente de US\$40 millones en 1957 a US\$6.9 billones cinco décadas después. El presupuesto del Instituto Nacional de Salud pasó de US\$71 millones en 1954 a US\$29.5 billones en el 2009. Hoy en día, un científico en formación, que requiere laboratorios y equipos, necesita un millón de dólares para iniciar.² La pregunta es esta: ¿estamos logrando calidad a cambio de dinero? Aunque la lista de descubrimientos es impresionante, tiene un costo financiero asombroso. ¿Por cuánto tiempo podría incrementarse de forma exponencial el financiamiento de la universidad? Se puede apreciar porque la legislatura “frunce el señó”, y pide a las universidades que se aprieten los cinturones, y que financien esos grandes descubrimientos a través de patentes, las colaboraciones con la industria, y el desarrollo de empresas conjuntas. Sin embargo, el peligro de poner a las universidades en una situación presupuestaria difícil y de hacer del conocimiento una propiedad exclusiva, en primer lugar, es que esto podría limitar la libertad de investigación necesaria para hacer los descubrimientos.

Cole pasa por alto la mercantilización del conocimiento, ya sea porque no quiere sembrar discordia, porque está en una universidad privada donde las ganancias se dan por hecho, o porque en realidad cree que es un problema al margen. En lugar de esto, se enfoca en las grandes contribuciones. Incluso trata de justificar la investigación en las humanidades y ciencias sociales en términos de las interpretaciones innovadoras que aportan, pero no es muy convincente. En el campo de la

² Al escribir sobre la desigualdad entre las universidades de élite, Cole pregunta quién será capaz de financiar a los científicos de clase mundial cuyos paquetes de contratación se extienden a “US\$40 o US\$50 millones sin incluir las inversiones de millones de dólares en nuevos laboratorios, equipo científico, y personal altamente capacitado” (2010: 476).

sociología, por ejemplo, le da mayor importancia a su maestro, Robert Merton, —con la profecía autocumplida, la noción de consecuencias inesperadas, el grupo focal, la teoría de la anomia— seguido de Blau y Duncan respecto a la movilidad social, la muchedumbre solitaria de Riesman, el estudio del soldado norteamericano de Stouffer y la idea del comportamiento del grupo de referencia, y el estudio de la sexualidad realizado por Lauman. Todo esto es un poco parroquial, pintoresco y anticuado, y una mirada a la sociología de hace medio siglo, a excepción de Lauman. Si el financiamiento de la sociología dependiera del recuento de los descubrimientos que lleva a cabo Cole, creo que desapareceríamos. Lo mismo aplica para las humanidades. No podemos conformarnos con la lingüística de Chomsky, la crítica literaria de Said y la filosofía de Rawls.

La economía, por supuesto, es otra historia —aquí tenemos el desarrollo de una disciplina que ha demostrado ser muy efectiva para difundir sus ideas acerca de la política monetaria, y la inversión eficiente, las teorías detrás de las derivadas que nos condujeron a la Gran Recesión. Pero, ¿nuestra sociedad es mejor como resultado de la economía neoclásica? La era neoliberal, que comenzó en la década de 1970, ha sido justificada e impulsada por las convenciones del fundamentalismo de mercado, con unas pocas voces en contra. Se ha planteado un argumento razonable —desde Naomi Klein a Joseph Stiglitz— que la terapia de choque y el ajuste estructural han contribuido a la destrucción de la economía y las sociedades. Incluso sin preocupamos por otros países —y Cole no lo hace— la economía neoliberal ha obstaculizado una administración tras otra, con el pretexto de recortar los gastos del gobierno y reducir los impuestos, en especial de los ricos. Como lo dijo una vez Keynes, las ideas de los economistas

dominan el mundo, y los políticos, sin darse cuenta, son “esclavos de algún economista difunto”.

Lo que hace falta es una sociología de la universidad, un análisis más detallado del nuevo contexto social en el que opera y en el que se reciben sus productos, un estudio de “las consecuencias inesperadas” que han surgido para establecerse en la “sociedad de riesgo” del siglo XXI. Sin duda, la revolución de la tecnología de la informática ha transformado la vida de muchas personas, pero ¿para bien o para mal? Y ¿para quién? Cole menciona que como sociólogo está comprometido a estudiar la producción del conocimiento como un proceso social (2010: 204), pero la recepción, aplicación y consumo de la ciencia es de igual manera un proceso social que ya no puede separarse fácilmente del “descubrimiento”. Cole tiende a considerar que el surgimiento de un descubrimiento que transforma la vida diaria es *ipso facto* necesariamente bueno, pero como sociólogos sabemos que cualquier técnica o invención nueva tiene consecuencias determinadas debido a las relaciones sociales en las cuales se inscribe.³ El poder nuclear en las manos equivocadas puede conducir a la destrucción masiva como pasó en Hiroshima y Nagasaki, sin mencionar Three Mile Island, Chernobyl y Fukushima. ¿Y en cuanto a los aportes de investigación de la universidad a la guerra biológica? ¿O la revolución del ADN y la ingeniería genética con sus aspectos problemáticos? Los trasplantes de órganos, uno de

¿Qué universidad queremos? No.3

³ Como Robert Merton (1973 [1938]: 263) escribió hace mucho tiempo: “Existe una tendencia de los científicos a considerar que los efectos sociales de la ciencia *tienen* que ser favorables a largo plazo. Este artículo tiene como función proporcionar una justificación para la investigación científica, pero evidentemente no es una declaración de hecho. Implica la confusión de la verdad y la utilidad social que se encuentran por lo general en la penumbra no lógica de la ciencia.”

los grandes inventos de la medicina según Cole, se utilizan en detrimento y para la explotación de los donadores indefensos en el Sur Global. De hecho, muchos descubrimientos médicos son utilizados por las farmacéuticas para obtener ganancias exorbitantes que a menudo sólo benefician a unos pocos.

No sólo intereses económicos sino también políticos definen el contexto de recepción. Tal vez seamos mejores prediciendo huracanes pero eso no detuvo la catástrofe que sacudió Nueva Orleans. Muchos de nuestros inventos provocan los desastres por los que atravesamos, y el calentamiento global es obviamente uno de ellos. Aunque puede que no acabe con la raza humana, indudablemente matará a los vulnerables. Cole destaca las nuevas tecnologías de vigilancia como un arma contra el terrorismo, aunque también se usan para limitar las libertades civiles, incluso para impedir a los científicos que busquen respuesta a sus interrogantes, como él mismo nos dice en la tercera parte de su libro. Atrás quedó la época en que se podía considerar la ciencia como benigna, y entre más dependa una universidad de la financiación privada es más probable que se vuelva maligna.

La gran universidad norteamericana en contexto

No se puede ignorar el contexto en el que la universidad de investigación funciona. Esto aplica a la recepción de descubrimientos, y a la propia jerarquía de la educación superior. Aunque Cole señala la importancia del *sistema* de educación superior en general (2010: 5), su interés real son las 100 mejores universidades de investigación, e incluso aquí tiende a centrarse principalmente en Harvard, Yale, Princeton, el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés), Columbia, Stanford, Chicago, y la Universidad de

California. No se estudia la relación entre las mejores 100 y las 4.200 instituciones, aproximadamente, que se crearon para proteger la universidad de investigación de la entrada masiva de estudiantes en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Estas instituciones que “no pertenecen a la élite” —institutos de dos años, y universidades estatales que no ofrecen doctorados— experimentan cuestiones como la disminución de los salarios, las cargas laborales en aumento, la informalización del empleo, el deterioro de la calidad a través de la enseñanza en línea, al igual que el aumento de las matrículas estudiantiles. El empobrecimiento de los niveles inferiores permite mejores condiciones —tanto el aumento salarial como la disminución de la carga docente— en las instituciones más destacadas. Incluso en las más destacadas, los profesores titulares se están convirtiendo en una proporción cada vez más pequeña del personal docente.⁴ El mantenimiento de la universidad de investigación se produce a costa de la degradación de la educación universitaria en términos generales. Quizás hubo una época en la que la élite, o más bien la clase dominante de las universidades, podía presentar sus intereses como intereses de todos, pero debido al recorte de presupuesto, el compromiso de clase da lugar a una mayor polarización, riqueza en un polo y pobreza en el otro. Y en todos los niveles los estudiantes reciben menos aunque pagan más.

En lugar de prestar atención a la creciente brecha entre las universidades de élite y las que no pertenecen a la élite, Cole se interesa por la desigualdad cada vez mayor dentro de las

⁴ La proporción total de profesores titulares cayó del 55% en 1980 al 31% en 2007. Ver, Dan Clawson, “Tenure and the Future of the University,” *Science*, Vol. 324 (Mayo 29, 2009), p. 1147.

universidades de investigación más destacadas, dentro de las cuales las universidades privadas obtienen ganancias enormes, mientras que las que se denominan universidades públicas sufren recortes presupuestarios cada año. En efecto, la concentración de recursos en torno a unas pocas universidades de la *Ivy League*⁵ (Harvard restando importancia a las demás) es impresionante. Así, Cole informa que en el 2008, Harvard tuvo un ingreso de US\$37 billones, Yale de US\$23 billones, y Stanford de US\$17 billones. El ingreso de Chicago y Columbia, US\$ 6 o US\$7 billones, ¡es más o menos la cantidad que Harvard agregó a su ingreso en el 2006! No es de extrañar que el exrector de Columbia esté preocupado por la concentración de recursos en Yale y Stanford, y especialmente en Harvard. Cole afirma que esta situación pone en peligro la competencia —la gallina de los huevos de oro.

Se puede estudiar la polarización en el sistema de educación superior, pero de igual manera es necesario fijarse en las implicaciones de la desigualdad en la sociedad en general, la desigualdad en el acceso a la universidad. Cole señala el aumento progresivo de estudiantes matriculados, con dos tercios de egresados de escuelas que pertenecen a algún tipo de educación superior, pero pasa por alto el índice de deserción y la deuda acumulada a lo largo de la carrera.⁶ Además, los egresados terminan en lugares muy distintos dentro de una jerarquía de

⁵ *N.T. Liga Ivy*, compuesta por las ocho universidades (Yale, Princeton, Pensilvania, Harvard, Darmouth, Cornell, Columbia y Brown) de mayores connotaciones académicas de excelencia, así como de elitismo por su antigüedad y admisión selectiva. Se les conoce como *Ivy*, que significa en inglés hiedra, porque esta planta trepadora cubre las paredes de estas universidades, cuyos edificios se caracterizan por un estilo de construcción británico.

⁶ Según Sandra Ruppert (2003), Estados Unidos pasó del primer lugar al décimo tercero en términos de índice de participación universitaria.

educación superior cada vez más diferenciada. La intensificación de la lucha por puestos en las “mejores” universidades, en donde los costos pueden ser un obstáculo, a pesar del aumento de becas, favorece a los estudiantes con capital cultural y económico. Cole no se fija en la manera en que las universidades de élite continúan reproduciendo la clase dominante —discurso adoptado por Jerome Karabel o Pierre Bourdieu. Esto es relevante para su interés por la supervivencia de la universidad de investigación, puesto que los ingresos fluyen más fácilmente a las universidades de élite que aseguran la reproducción de la clase dominante.

Tampoco se debe limitar la atención a la escena nacional. La supremacía de “la gran universidad norteamericana” tiene cada vez más repercusiones en el mundo ya que se convierte en el estándar por el cual los países miden su propia educación superior. La propuesta de Cole es buscar desafíos potenciales para la supremacía de la universidad norteamericana de investigación. Busca en lugares obvios, en el hogar de universidades excelentes por tradición —Francia, Alemania y Gran Bretaña— y concluye en cada caso que estas no representan un desafío. Aparte de financiamiento limitado, la investigación de más alta calidad, al menos en el caso de Francia y Alemania, tiene lugar fuera de las universidades, en institutos de investigación que, según él, nunca podrían competir con las universidades de investigación de EE.UU. Su relativo atraso se refleja en el número de trabajos científicos publicados: individualmente Gran Bretaña, Francia, y Alemania no publican más del 6% de la producción del mundo, comparado con el 29% de Estados Unidos.⁷ Posteriormente, Cole considera

⁷ Por otra parte, los responsables de las políticas, quienes no miden las universidades por el número de trabajos científicos publicados sino por la innovación tecnológica, son más escépticos acerca de la

a China, uno de los pocos lugares en el mundo que está invirtiendo dinero en la educación superior, pero incluso aquí, sostiene, existe una poca posibilidad de que China se ponga al día en un futuro próximo. Partió de un nivel bajo de investigación científica y tiene como desventaja la libertad académica limitada. A pesar del rápido desarrollo de la educación superior, China sólo contribuye con el 6% de los trabajos científicos en el mundo, como lo determina el *Science Citation Index*.

Por supuesto, la cantidad no implica calidad. Sin embargo, desde cualquier perspectiva, la concentración de la producción mundial de conocimiento en Estados Unidos es asombrosa. La inversión total anual en educación superior es de US\$360 billones que es 7 veces la cantidad del siguiente gran inversor, Japón. En el sistema de clasificación SJT, 84 universidades norteamericanas aparecen dentro de las mejores 200 y en segundo lugar el Reino Unido con 23, y después Japón con 9. Incluso teniendo en cuenta la parcialidad de la auditoría de Shanghai, esto muestra una dominación extraordinaria por parte de Estados Unidos. Desde luego, gracias a que el inglés se ha convertido en lengua franca, la academia norteamericana y británica empiezan con una gran ventaja. Definen los términos de competencia mundial al controlar la vasta mayoría de publicaciones en revistas. En el 2001, Estados Unidos produjo entre un cuarto y un tercio de los trabajos científicos en el mundo y contó con el 44% de citas debido, en parte, al prestigio de los trabajos pero también a que los académicos norteamericanos tienden a citarse entre ellos. Estados Unidos tuvo 3.885 “investigadores más citados” (en los mejores 250 a

superioridad de la ciencia de EE.UU sobre la de otras sociedades industriales avanzadas. Ver Michael Dertouzos *et al. Made in America* (Cambridge: MIT Press, 1989).

300 académicos de cada campo) mientras que el siguiente país, el Reino Unido, contó con sólo 443.⁸

El dominio se extiende a la captación de estudiantes a nivel mundial. En el 2004, de los 2.7 millones de estudiantes matriculados fuera de sus países, el 22% llegó a Estados Unidos, seguido por el 11% a Reino Unido. De manera significativa, un tercio de la admisión en EE.UU es a nivel de doctorado, 4.5 veces la admisión de estudiantes de doctorado extranjeros en el Reino Unido. Entre 1977 y 1997, la proporción de estudiantes de doctorado de origen extranjero en Estados Unidos subió del 13.5% al 28.8% en general, y en ingeniería del 32.1% al 45.8%. Además, en el 2001, el 96% de estudiantes chinos y el 86% de estudiantes indios que se graduaron de un doctorado norteamericano en ciencia e ingeniería permanecieron en Estados Unidos. Cole es muy consciente de que Estados Unidos depende en gran parte de estudiantes extranjeros, afirmando orgullosamente que el sector universitario tiene un balance positivo de intercambio. De hecho, en el 2001, por ejemplo, los estudiantes extranjeros aportaron US\$11.5 billones. Él se preocupa, por lo tanto, por el efecto de las restricciones de visado y viaje en el flujo continuo de los mejores estudiantes del mundo.

Cole da por hecho la dominación de EE.UU en educación superior sin considerar las consecuencias para los países dominados. Es una forma especial de dominación, no “hegemónica” en la cual el dominante tiene en cuenta los intereses de los dominados, sino de “superioridad” en la cual el dominante no reconoce los intereses del dominado —que se alimenta, en este caso, del deseo de estudiantes extranjeros y profesores para unirse a la superliga de EE.UU.

⁸ La información contenida en este párrafo y el siguiente se tomó de un excelente artículo de Marginson y Ordorika (2011).

Entonces ¿cuáles *son* las consecuencias para el resto del mundo? La más evidente es un enorme flujo de los estudiantes e investigadores más talentosos a Estados Unidos. De igual manera, son graves las consecuencias para los sistemas de educación superior nacionales. El *SJT* y *Times Higher Rankings* tienen un control cada vez mayor del imaginario nacional respecto a la “universidad de clase mundial”. En su deseo de alcanzar un lugar en el ámbito mundial, los estados naciones tratan de que una o dos de sus universidades avancen dentro de las 500 mejores. Esto requiere la concentración de enormes recursos materiales. Aquellos países que no pueden competir, tal vez abandonen su compromiso con la universidad de investigación puesto que es insostenible, y en cambio envíen a sus estudiantes al extranjero para una formación de doctorado. Para esto, tienen el respaldo de agencias internacionales como el Banco Mundial. Las estadísticas muestran que muchos estudiantes en realidad no regresan. Aquellos países que sí compiten en las clasificaciones mundiales provocan una polarización profunda dentro de su propio país, replicando la de la academia de EE.UU, con financiación extravagante para una o dos universidades a costa de inversión mínima en el resto. Debido a esto se crea una brecha enorme entre, por un lado, las universidades importantes que están vinculadas a los niveles inferiores de la jerarquía mundial y que se valen de los hijos de los ricos y, por otro lado, el gran número de universidades de “segunda clase” que están excluidas del mundo y establecidas a nivel local. La Universidad Norteamericana del Cairo y la de Beirut son prototipos del lado elitista de esta bifurcación.

La inversión desigual de recursos tiene múltiples consecuencias, una de las cuales es que la élite educativa, que se orienta a cuestiones planteadas en Estados Unidos y Europa, se vuelve cada vez más indiferente frente a los problemas

nacionales y locales. Esto es problemático principalmente en las ciencias sociales y las humanidades en las que presentar artículos en inglés a las revistas del norte, no sólo las pone en desventaja respecto a sus colegas del norte sino que las atrae hacia el torbellino del esquema, las preguntas, y asuntos del norte y lejos de los problemas nacionales y locales urgentes. Sari Hanafi (2011) describe el dilema del Sur Global como “publicar a nivel mundial y perecer a nivel local” frente a “publicar a nivel local y perecer a nivel mundial”. Pocos países tienen los recursos del Estado brasileño y la confianza en sus propios científicos y académicos para describir sus revistas como de clase mundial y evaluar a los académicos en términos de su clasificación en esas revistas, así aprezcan o no en los índices internacionales de citación.

En resumen, el sistema de clasificación provoca la polarización de la educación superior en Estados Unidos, entre Estados Unidos y otros países, y en otros países; para esos países que no pueden competir esto puede significar la desaparición de la universidad como la hemos conocido. Mientras que haya un único modelo de universidad y ese modelo sea el de la universidad norteamericana de investigación, la educación superior alrededor del mundo inevitablemente sufrirá.

Problemas en el Paraíso.

El asalto a la universidad pública

Las dos primeras partes de *The Great American University* elogian la universidad norteamericana de investigación —su ascenso a la supremacía y sus contribuciones. La tercera parte, se enfoca en los desafíos, pasa de los poderes transformadores de la universidad al asalto contra la universidad.

Para Cole, la amenaza más grande a la universidad norteamericana es el propio Estado norteamericano. A partir de esto, presenta tres apasionados capítulos. El primero defiende la libertad académica, tanto como un derecho intrínseco como una condición para la investigación, citando los dos periodos de Temor Rojo durante y después de la Primera Guerra Mundial y el Macartismo, los demonios del estalinismo y el caso Lysenko que destruyeron la genética soviética, y los ataques públicos contra el profesorado de Columbia por sus críticas a Israel. El segundo capítulo señala la interferencia del Estado en el manejo de los asuntos universitarios después del 9/11 por medio de la Acta Patriótica que extendió la vigilancia del FBI a la investigación en biotecnología, solicitudes de visa, archivos de biblioteca, y opiniones políticas (como el acoso infame a la Fundación Ford por apoyar grupos palestinos, lo que condujo a la Ford a exigir a los beneficiarios de las donaciones que firmen un juramento de lealtad). El tercer capítulo, titulado “Ciencia ‘política’”, documenta la manera cómo el gobierno de Bush interfirió en proyectos científicos que fueron considerados “políticamente sensibles” —la investigación con células madre embrionarias, el cambio climático global, y la salud reproductiva relacionada con el VIH/SIDA. Finalmente, el gobierno supervisó el contenido de los currículos universitarios a través de la financiación del Título VI para centros de estudios de área y trató de manipular el sistema de revisión por pares para algunos proyectos financiados con fondos federales.

El cuarto, y último capítulo, se titula “¿Problemas en el paraíso?”. En este se enumeran las diferentes amenazas a la universidad —la competencia mundial y la concentración de recursos en unas pocas universidades privadas de élite—a la cual ya me referí. Únicamente en esta parte, Cole expresa

preocupación por la comercialización de la producción de conocimiento. Escribe sobre académicos cuyas investigaciones se ven afectadas, e incluso distorsionadas, por sus intereses económicos, ingenieros que tienen sus propias empresas, científicos médicos quienes tienen un interés particular en compañías farmacéuticas, y médicos quienes se aprovechan de su vinculación a la universidad para ganar millones de dólares. Sin embargo, en el reporte de Cole, la mercantilización de la universidad es menos amenazante que la interferencia política, lo que quizás refleja su posición como rector de una universidad de la *Ivy League*, al tener que lidiar con la inmediatez de casos públicos de intromisión en la libertad académica y al dar por hecho la búsqueda de fondos como el *modus vivendi* de cualquier universidad privada.

En la práctica, lo político y lo económico están estrechamente ligados, pero lo económico tiene consecuencias mayores a largo plazo. La mercantilización de la universidad comenzó realmente con el Acta Bayh-Dole de 1980, puesto que permite a las universidades ser propietarias del conocimiento que producen los profesores y que financia el gobierno por medio de becas de investigación. Hasta entonces se suponía que el conocimiento que se producía en la universidad era accesible a todos. Una vez que la universidad pudo sacar provecho de sus descubrimientos, el gobierno pudo considerarla legítimamente como una empresa privada y la demanda de financiación pública comenzó a perder credibilidad, poniendo en marcha no sólo la mercantilización de la *producción* del conocimiento, sino también la mercantilización del *consumo* (enseñanza) del conocimiento y la *difusión* (revistas, libros, medios de comunicación).⁹ La

¿Qué universidad queremos? No.3

⁹ Ver, por ejemplo, Geiger (2004), Kirp (2003), Bok (2003), Slaughter y Rhodes (2004). La fijación de precios a las revistas,

competencia pasó de ser el estímulo de originalidad y distinción evaluada por una comunidad de pares para convertirse en el impulso al conocimiento patentado, lo que condujo a que las publicaciones se hicieran de manera clandestina y bajo control, amenazando por consiguiente la libertad académica y el intercambio abierto de ideas. Aunque esto puede ser exagerado. Los escritos de Walter Power, Diana Rhoten y Jason Owen-Smith enfatizan en que la comercialización a través de patentes es aún exclusiva de algunas de las mejores universidades y está concentrada en ciertos campos, en especial la biomedicina.

Sin embargo, el mercado invade la universidad de otras maneras, a menudo facilitadas por mecanismos de regulación. Los sistemas de clasificación de las universidades, por ejemplo, hoy en día afectan los ingresos: las universidades que ocupan los puestos más altos de la clasificación (incluyendo el cálculo de los trabajos que sus estudiantes obtienen) pueden justificar el aumento de las matrículas estudiantiles, o pueden usarlo para atraer industrias que financien la investigación. Los donantes, ya sea para investigación o para el estadio de fútbol americano, usualmente tienen sus propias prioridades. Por el lado de los costos, la descentralización de la contabilidad a través de programas tales como Administración Centrada en la Responsabilidad (RCM, por sus siglas en inglés) convierte los departamentos en “centros de beneficios”. Igualmente se recompensa a los profesores y a las carreras de acuerdo a su valor en el mercado, creando así enormes desigualdades en los

especialmente en las ciencias exactas, es un ejemplo increíble de la mercantilización. Las editoriales se apropian de los recursos públicos para cobrar tarifas de acceso exorbitantes, aprovechándose de que no hay competencia y de que los investigadores necesitan acceder de manera inmediata a los documentos científicos. Las revistas de acceso libre han hecho escasas incursiones en esta área.

ingresos no sólo entre las universidades, sino también entre las disciplinas al interior de las universidades, y dentro de las mismas disciplinas. Contrario a la sabiduría convencional, Christopher Newfield (2008) argumenta que las desigualdades dentro de la universidad se originan en la explotación de las humanidades y las ciencias sociales *por parte* de las ciencias naturales y las escuelas profesionales cuya investigación no está cubierta por subvenciones, sino que depende de los ingresos obtenidos por aquellos que enseñan más.

Si uno considera el asalto a la universidad pública como un proyecto de las clases dominantes diseñado para acabar con una nueva clase media cuya incubadora fue la universidad pública (vista como un foco de subversión), como argumenta Newfield, o si es mejor considerarlo como el resultado del conflicto inherente entre universidad y sociedad que se ha resuelto bajo austeridad fiscal y nuevas formas de producción de conocimiento, la universidad como la conocemos y el *ethos* que la fundamenta están en peligro. Cada uno de los principios de Merton se pone en tela de juicio: *universalismo*, por la regulación externa ya sea indirectamente mediante la clasificación o directamente a través del Estado o la intromisión pública; *imparcialidad*, por los vínculos económicos con establecimientos comerciales; *comunismo*, por la privatización de la investigación; *escepticismo organizado*, por el miedo a las sanciones del gobierno y horizontes a corto plazo. ¿Esto significa que deberíamos reafirmar los valores de Merton, como supone Cole, o deberíamos renunciar a ellos por pertenecer a una época antigua en la que la universidad estaba separada de la sociedad? ¿No es hora de reemplazar el *ethos* científico de Merton, diseñado para una época en la que el fascismo ocupaba un lugar importante en el imaginario político, por un nuevo conjunto de valores que correspondan a la integración de la

universidad en la sociedad —valores que tengan muy en cuenta la responsabilidad de la universidad con la sociedad, que reconozcan el movimiento hacia la contextualización del saber y la enseñanza, y que se opongan a la capacidad destructiva de los mercados?

¿Qué se debe hacer?

Cole se concentra en las 100 mejores universidades más que en todo el sistema de educación superior que las sustenta, y en las mejores 100 de la superliga, en los descubrimientos más que en su recepción, en la investigación más que en la enseñanza, en Estados Unidos más que en el mundo. Al adoptar esta visión parcial, puede mantener la euforia del tercer cuarto del siglo xx, el mundo de la *Revolución académica* de Jencks y Riesman. Para él, los “Problemas en el paraíso” son una anomalía temporal que espera que Obama rectifique. No marcan una nueva era de la universidad en la que la línea, que una vez fue gruesa, entre la universidad y la sociedad, se ha desvanecido, por lo que la universidad no es simplemente un agente de cambio, sino que es transformada por la sociedad de la cual hace parte. No considera la novedad de la relación reflexiva entre universidad y sociedad, como la perspectiva que trabajó Nowotny, Scott y Gibbons en su libro *Re-Thinking Science: Knowledge and the Public in the Age of Uncertainty* (2001), el cual ha sido muy discutido. Cole es muy diferente a Clark Kerr quien, hasta el día de su muerte, revisó su escenario optimista en *The Uses of the University* (2001), luchando con los enormes desafíos que no había anticipado.

En lugar de repensar la gran universidad norteamericana de investigación, Cole la elogia. Sin duda la superliga sobrevivirá puesto que las élites tienden a reproducirse ellas mismas, ¿pero de qué forma y a qué precio para las demás, en especial las

universidades públicas? En este punto debemos regresar al canto de los estudiantes de Berkeley, “¿La Universidad de quién? ¡Nuestra Universidad!” Sienten nostalgia por la universidad pública del pasado, con acceso abierto y autonomía académica. Sin embargo, esta universidad se está desvaneciendo. Debemos reconsiderar o reimaginar la universidad pública. Dado que las paredes de la universidad son derribadas por fuerzas presupuestarias y regulatorias, la universidad debe defenderse diseñando su propio compromiso con la sociedad en general. La universidad simplemente no puede declararse fuera de los límites de la intervención externa, como si fuera una flor delicada y pura, sino que debe avanzar con la sociedad, haciéndose públicamente responsable pero en sus términos, no en los de las corporaciones y Estados depredadores. Debe ganar la confianza y respeto del público. Además, debe reconocer que no es la única esfera inundada por el fundamentalismo de mercado, es parte de un archipiélago hundiéndose bajo un tsunami. Ya no puede permanecer al margen sino que debe participar, o mejor encabezar, un movimiento en contra que abarque una variedad de públicos e instituciones.

En la redefinición de la universidad pública, se debe reintroducir lo que Cole deja de lado, a saber la enseñanza. Debemos repensar el significado de la enseñanza —pensar en los estudiantes como un público que nos educa al igual que nosotros los educamos a ellos. Significa pensar en los estudiantes quienes llevan sus experiencias personales a la universidad, y participar de su (re) interpretación y elaboración a través del compromiso disciplinario. Significa constituir una relación dialógica no sólo entre estudiantes y profesores sino entre los estudiantes mismos en un proceso de educación mutua. Cuando se le preguntaba a Michel Foucault

porqué iba con regularidad a enseñar a Berkeley, respondía que era porque la esfera pública que se crea dentro de la universidad era terriblemente ausente en las universidades francesas. Pero la esfera pública no se puede limitar a la universidad. Igualmente, la enseñanza debe implicar la organización de un diálogo entre estudiantes y públicos secundarios en la sociedad. Esta extensión de la universidad se puede mejorar por medio del uso de medios digitales de una forma positiva y enriquecedora más que la masificación de la educación mediante el aprendizaje a “distancia”. En este proyecto las humanidades y las ciencias sociales, inevitablemente, asumen el liderazgo, corrigiendo de este modo el desequilibrio del relato de Cole.

Estamos viviendo una época de crisis de la universidad, y más que escuchar sobre una supuesta edad de oro, debemos planear visiones alternativas. Esto aplica tanto para los que protestan en Berkeley como para Jonathan Cole. Al escribir sobre la universidad siempre es tentador para los académicos defender su territorio, y en esto no nos diferenciamos de ninguna otra profesión. Debido a que estamos profundamente sumergidos en nuestras disciplinas, albergamos muchas ilusiones y una comprensión parcial del propio lugar en el que habitamos. Por esta razón, deberíamos estar alertas para reconocer y cuestionar las conjeturas que hacemos. Deberíamos estar doblemente comprometidos con el “escepticismo organizado” respecto a nuestras propias afirmaciones. De otra manera no es más que un discurso de ventas. Escuchar a los críticos de la universidad, tanto externos como internos, debería ser nuestra primera tarea en construcción de un dialogo significativo con el público en general.

Referencias

—Bok, Derek (2003). *Universities in the Marketplace*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

—Bourdieu, Pierre (1996 [1989]). *The State Nobility*. Stanford, CA: Stanford University Press.

—Clawson, Dan (2009). “Tenure and the Future of the University.” *Science* 324: 1147-48. Dertouzos, Michael et al. 1989. *Made in America*. Cambridge, MA: MIT Press.

—Cole, Jonathan (2010). *The Great American University: Its Rise to Preeminence, Its indispensable National Role, Why It Must be Protected*. Nueva York, NY: Public Affairs.

—Geiger, Roger (2004). *Knowledge and Money: Research Universities and the Paradox of the Marketplace*. Stanford, CA: Stanford University Press.

—Hanafi, Sari (2011). “University Systems in the Arab East: Publish Globally and Perish Locally vs Publish Locally and Perish Globally.” *Current Sociology* 59(3): 291-309.

—Jencks, Christopher and David Riesman (1968). *The Academic Revolution*. Garden City, NY: Doubleday.

—Karabel, Jerome (2005). *The Chosen: The Hidden History of Admission and Exclusion at Harvard, Yale, and Princeton*. New York, NY: Houghton Mifflin Harcourt.

—Kerr, Clark (2001). *The Uses of the University*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

—Kirp, David (2003). *Shakespeare, Einstein, and the Bottom Line: The Marketing of Higher Education*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

—Marginson, Simon and Imanol Ordorika (2011). “‘El central volumen de la fuerza’: Global Hegemony in Higher Education and Research.” Pp.67-129 in Diana Rhoten and Craig Calhoun (editors), *Knowledge Matters: The Public Mission of the Research University*. New York, NY: Columbia University Press.

—Merton, Robert K (1973 [1938]). “Science and the Social Order.” Pp.254-66 in Merton, *The Sociology of Science: Theoretical and Empirical Investigations*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

_____ (1973 [1942]). “The Normative Structure of Science.” Pp.267-78 66 in Merton, *The Sociology of Science: Theoretical and Empirical Investigations*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

—Newfield, Christopher (2008). *Unmaking the Public University*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

—Nowotny, Helga, Peter Scott and Michael Gibbons (2001). *Re-Thinking Science: Knowledge and the Public in the Age of Uncertainty*. Cambridge, UK: Polity Press.

—Powell, Walter and Jason Owen-Smith (2002). “The New World of Knowledge Production in the Life Sciences.” Pp.107-30 in Steven Brint (ed.), *The Future of the City of Intellect*. Stanford, CA: Stanford University Press.

—Rhoten, Diana and Walter Powell (2011). “From Land Grant to Federal Grant to Patent Grant Institutions.” Pp.315-41 in Diana Rhoten and Craig Calhoun (editors), *Knowledge Matters: The Public Mission of the Research University*. New York, NY: Columbia University Press.

—Ruppert, Sandra (2003). *Closing the College Participation Rate: A National Summary*. Denver, CO: Education Commission of the States. Slaughter, Sheila and Gary Rhoades, 2004. *Academic Capitalism and the New Economy*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.

¿Qué universidad queremos? se afirma en la convicción de que la autonomía es un principio fundamental de la universidad y que, una de las tareas más importantes de la universidad pública consiste en pensarse a sí misma, impulsar y garantizar la plena libertad como condición necesaria para el debate y la construcción colectiva del *ethos* universitario, propendiendo por un pensamiento crítico sobre la universidad que, analizando el *ser* universitario con sus fortalezas y debilidades, se oriente a pensar y construir su *deber ser*, indagando las condiciones y posibilidades de la universidad en su compromiso con los grandes problemas nacionales y en el fortalecimiento de la participación ciudadana y la democracia.